

Zapatos

¿Cómo puede cambiar de pronto lo que uno se propone para sí? ¿Cómo formular juicios de valor cuando todo carece de rumbo, cuando nada parece tener valor?

Había dejado las clases hace mucho. Desde el año de la Caída, cuando empecé a trabajar en la revista escribiendo artículos de hípica y algunas notas sobre jockeys y reportajes y todo lo que me encargaban en la redacción. El sueldo no era muy bueno, pero en ese entonces mis intereses no eran altos, salvo por el hecho de querer vivir y mantenerme por mi cuenta. Por aquellos días, apenas amanecía, yo despertaba y salía pronto al trabajo. Mientras hacía el viaje, parte en autobús, parte caminando, pensaba siempre: No hay muchas esperanzas trazadas a partir de los treinta años, no hay muchas cosas para mí. En la redacción era el primero en llegar y el último en irme. Hacía una buena labor, era un tipo diligente que intentaba hablar poco y llevarse bien con todos.

Ocurría a veces, sobre todo ciertos viernes en que me reunía con los muchachos de la universidad, que el dilema se establecía en mí. Los notaba tan animosos al verme y hablarme de la facultad y de los otros amigos y preguntándome por qué no volvía a las clases que me sentía en vacío, sin muchas ganas de seguir la

charla. Y sin embargo siempre les respondía lo mismo: A mi edad ya solo me queda trabajar, aprovechen ustedes que pueden estudiar, el tiempo que tienen.

Fue en un inicio que la idea de empezar con las clases se me presentó como la gran oportunidad. Sucedió cuando papá se me acercó una noche mientras yo estaba en el cuarto. Papá era un hombre blando, de carácter soslayado, que por su físico solía irrumpir con cierto magnetismo en cualquier lugar. Quiero hablar contigo, me dijo apenas volteé. Sí, claro, dije, dejando a un lado lo que hacía. Papá se acomodó lento sobre mi cama, respiró con fuerza y empezó. Me habló de que las ventas de sus viajes iban mejorando, que aún faltaban algunos años para que Paul acabara el colegio, que le había llegado un buen momento, que ya no era necesario que trabajara con Nilo en la papelería. Tienes que estudiar, acotó él, algo, cualquier cosa, lo que quieras. Todo me sonó extraño. Traté de disuadirlo. Papá, tengo veinticuatro años, yo me siento bien con Nilo, no hace falta que hagas esto. Pero la charla no duró mucho. Papá tenía eso de que o era o era. Yo no.

Y así empecé. La historia no importa del todo. Sin embargo, los detalles sobre mi único año en la facultad se ciñeron a dos cosas. Primero, las clases me gustaban, quiero decir, estudiar me gustaba, entrar al aula, atender, preparar trabajos, leer libros, separatas. Segundo, me deprimía el entorno, la gente, la vida universitaria. De ello puedo exceptuar a unas pocas personas, a los tres amigos con los que de vez en cuando me reunía. Al resto no. Era quizá el aire expresivo, propio de chicos y chicas de diecisiete o dieciocho años, el que me provocaba cierto desapego con todo lo relacionado a estudiar. Y esto se presentaba así, parecía tan raro. Las fiestas, las charlas en los pasadizos luego de clases, algo andaba mal conmigo.

Con todo ello, la buena fe de mi padre sirvió sólo para establecerme por algún tiempo en paralelo, al margen de lo inmediato que había trazado para mí. Pero, ya lo he dicho, ese ritmo no iba a soportarlo mucho. Entonces, desde que deserté las cosas pasaron de prisa, quiero decir, fueron algunos años en donde la rutina de un trabajo y de una vida abocada a este hizo que todo transcurriera pronto. Cuando empecé con lo de la revista y a empaparme de carreras y reportajes solo

sentí que eso me mantendría. Necesitaba el trabajo, cubrir todo el tiempo posible que tenía, el pretexto ineludible para dejar la universidad y la casa.

No había mucho que me retuviera junto a mi familia. Mamá había muerto algunos años atrás y papá andaba en idas y vueltas por su trabajo. Mi hermano vivía recluido en el internado de su colegio y los fines de semana los pasaba en la casa de cualquiera de sus amigos. Pensaba: Gano dinero, trabajo todo el día, no me ata nada a la universidad, no le debo nada a mi padre. Me mudé a una pieza de dos espacios, simple y con un balconcito que daba al Malecón Central. El sitio era barato; la casera, una mujer despreocupada a la que solo veía cuando me tocaba pagar el mes. Y entonces todo se encaminó en mi vida de nuevo.

Vamos a visitar a un comprador. La compañía MAC, ha dicho emocionado Carlitos, es un gran cliente, lleven catálogos y material de muestra. Preparo las carpetas y dos maletas. Pongo en estas todos los zapatos posibles. No quiero que después falte algo y que al regreso Carlitos esté diciendo que por qué no llevaste esto o lo otro. Ximena, mientras tanto, anda retocando su maquillaje en el espejo lateral, detrás de la caja. Miro su reflejo concentrado en sí mismo, acomodando ahora su cabello a los hombros. Me sonrío.

Hemos salido juntos. El día es frío y la gente anda como a borbotones por la calle, dando pequeños saltos. Qué idiotez, pienso, y comienzo a marearme. Caminamos en silencio solo algunos pasos, pues al rato Ximena empieza a hablarme sobre lo que haremos en la noche, que la salida y el paseíto, que sus amigas del instituto. Le digo que está bien y todo sigue en lo mismo, me siento pésimo.

Llegamos a la avenida. Ximena detiene un taxi. El chofer es un tipo flaco, con rostro serio. Le digo la dirección de la compañía MAC, el chofer me dice el precio, acepto y subimos con las maletotas y carpetas. Ximena sigue hablando y hablando. Miro por la ventana mientras la perorata continúa, ahora con ella tomando mi rodilla. Siento la presión de sus dedos. ¿Estoy bonita?, me pregunta con una sonrisa. Afirmo y la observo rápidamente. Sin duda me gusta. Me gusta ella y su cuerpo firme y grande. Me gusta su voz impostada. Me gusta porque sí. Porque Ximena tiene un nosequé que me atrae y aturde a la vez. Pero es tan tonta.

El taxi avanza y se detiene en la avenida principal, ya cerca de la compañía. El semáforo cambia a verde, el auto acelera y al rato se aparca en un salto. Ploc, suena el carro. Ay, dice Ximena, ¿qué pasa señor? El taxista gruñe por un rato, intenta encender el carro pero fracasa. Baja con la mano en alto, enviando lejos a todos los tipos que le meten el claxon. Levanta el capote del auto y todo comienza a humear. Señor, ¿qué pasa?, habla Ximena, sacando la cabeza por la ventana. Me exaspero un poco. Ximena, mete la cabeza, por favor. Ay, Rafa, qué tienes, déjame ver. El tipo continúa con el capote, tentando un posible arreglo e intercalando muecas y mandadas de mierda a todos los sujetos que pasan por nuestro lado en sus vehículos diciéndole huevonazo, cómprate un carro nuevo. Tu vieja me lo va a comprar, cojudo. Chatumare.

Y así pasaron los minutos, el taxista en lo suyo y nosotros atrás, yo medio maltrecho, empotrado en el asiento, y Ximena mirando por la ventana y narrándome los detalles, esta gente maleducada, pobre señor, no les haga caso, señor. Y esto duró un buen rato, en verdad. Hasta que el taxista volvió a nosotros.

–Hasta aquí nomás llego; el radiador se ha recalentao.

–¿Quiere decir, señor, que vamos a explotar? –pregunta Ximena.

–¿Qué? –pregunta el tipo.

–Ximeeeenaaaa –digo bajito–, cállate.

El taxista nos mira jadeante, ya hartito.

–No entiendo, Rafita. ¿Qué es lo que pasa?

–Oigan, les digo que el carro no da para más, que se jodió, ¿acaso no entienden?

–Sí, entendemos. Deje, no se preocupe –digo–. Vamos, Xime, caminemos.

Bajo del taxi con las maletotas y carpetas. Ximena me sigue confundida, diciendo pero qué ha pasado, qué es lo que tiene el carro, ¿acaso íbamos a morir, Rafa? Y yo explicándole que no, que no hay problema. Y caminamos, seguimos caminando. Y ella pero dime, explícame, quiero saber, Rafita. Y yo pero Xime, qué quieres que te explique, solo sé lo que el tipo dijo, que el radiador se puso mal y ya. Pero tú sabes de carros, has trabajado en una revista de carros por años, amor. No,

Xime, yo he trabajado en una revista de hípica. Pero cómo que hípica, tú has escrito sobre carreras y cosas así. He escrito sobre carreras de caballos, boba; y ya, párala.

Ximena comienza a llorar y ahora sí que todo se jode. Me duele que seas tan malo conmigo, Rafa. Entonces comienzo a marearme de nuevo, más, y le digo perdóname, Xime, perdóname, no te pongas así.

(A veces uno suele creer que depende de sí mismo. Pero basta un hecho vil e incomprensible (el llanto de una mujer, por ejemplo) que todo se trastoca y de repente uno se va de cara. ¿El resultado? Que toda la inicial e irresoluta autoridad moral frente al mundo termina por partirse en dos).

Todo sigue. Ay, Rafa, qué vamos a hacer cada vez que me hablas así. Yo dejo las maletas y las carpetas sobre la vereda y permanezco parado frente a ella. Me siento un canalla. Al rato digo: Lo siento, Xime, lo siento de veras. Ximena llora y luego, pronto, se cuelga de mí. Qué voy a hacer contigo, Rafita, qué voy a hacer. Yo la tomo de la cintura y le doy cortos besos detrás de la oreja, perdóname, preciosa, perdóname. Y permanecemos un rato en eso. Yo susurrándole cosas lindas al oído. Ella trezada a mí, llorando cada vez menos.

Ximena tiene bonita figura, pero es fea. Quiero decir, tiene una cara fea. Pero Ximena es atractiva, su presencia es atractiva. Además, ella gasta todo su dinero en eso, en comprar ropa, en arreglarse harto y en pagar mes a mes sus tarjetas de banco y de un montón de tiendas.

Cuando llegué a la zapatería Ximena comenzó a coquetearme y el resto me miró con desconfianza. Yo solo quería trabajar tranquilo, evitar problemas. Ya la experiencia en la revista me había marcado, sabía que por más que uno haga bien las cosas todo puede convertirse en una buena embarrada cuando otros así lo quieren. El poco dinero que junté me mantuvo por un tiempo y fue cuando se me acababa la plata que acepté este trabajo. Me lo había ofrecido Paco, un amigo de clases que al igual que yo estuvo un año en la facultad. Paco llevaba tiempo ahí, era un vendedor de lujo, un profesional, como él mismo decía.

Paco era un buen tipo, siempre andaba preocupado por sus padres, por no volver a caer de vago, que el trabajo es lo mejor, que su novia cambió su vida, que la

llevaba al cine, a un hostelito de Pando y luego a comer sándwiches. Cuando le oía hablar de esto pensaba en dónde quedó el Paco de la facultad, aquel que hablaba de música y que encantaba a todas las chicas con su voz de locutor de Lima 100. Las veces que andaba distraído —y esto sucedía con cierta regularidad—, viendo a alguna mujer bonita o dando vueltas por la tienda, Paco aparecía a mi lado diciendo tenemos que trabajar, chamba es chamba, Rafa, y yo está bien, y él ya sé que esto es jodido, pero piensa en la plata, piensa que ahora lo único que tienes es esto, y yo está bien, Paco, voy a atender a esa señora y me iba a atender a una vieja fregada que acababa de entrar y que ya comenzaba a preguntar cualquier huevada, mientras Paco regresaba corriendo a acomodar el último envío de zapatos en el mostrador.

Como decía, Ximena empezó esto con los coqueteos y las miraditas y siempre andaba hablándole mucho al resto y cuando le tocaba trazar algo conmigo me comentaba acerca de teatro y galerías de arte y danza moderna con bamboleo. Y así pasaron algunas semanas y la cosa de pronto como que se hizo obvia y Carlitos que ya había captado el rollo y las miraditas de Ximena una tarde me dijo dale con calma, Rafael, mirá que tu trabajo está bien hasta ahora, mirá que.

Carlitos era el jefe. Era un judío-argentino canoso y medio chocho que andaba entre el mostrador y dando vueltas por la tienda. Carlitos estaba desde siempre en la zapatería. La central lo había mandado acá, apenas se abrió la tienda en Lima. Lo mandaron porque Carlitos era una eminencia en lo que respecta a la venta de zapatos, siempre iba a los congresos internacionales de vendedores de zapatos y él aprovechaba estos viajes para darse vueltas por Europa visitando a sus amigos judíos y zapateros como él y recordar los tiempos de la persecución y eso. Pero Carlitos era un judío medio relajado, es decir, le llegaba ir a la sinagoga y hablar de Dios. A él solo le importaba vender y vender más zapatos. Siempre trataba de inculcar a los vendedores el decálogo del buen vendedor, quería que todos hiciéramos carrera en la venta de zapatos y que llegásemos a viajar a congresos como él.

Mi trabajo se reducía a atender a los clientes y en salir, eventualmente, a cualquier venta o comisión corporativa al lado de Ximena. Ximena era la mejor vendedora de la zapatería. Como decía, su figura, el tono de su voz, su aire agresivo,

provocaba una sensación avasalladora, no solo en hombres sino también, sobre todo, en señoras y chicas. Ximena hacía bien sus comentarios, imprimía con ternura y sensualidad sus sonrisas y al final todo el que entraba a la tienda salía con cuatro o cinco pares de zapatos mientras Carlitos observaba feliz.

La zapatería era grande. Su suelo estaba cubierto por una alfombra parda, tenía un sinfín de estantes llenos de zapatos y cajas y siempre olía bien. La zapatería no era cualquier zapatería. Todas las mañanas, antes de abrir, Carlitos nos decía: Estamos en la mejor zapatería de Miraflores, una zapatería española para gente de clase, una zapatería con mucho prestigio y arraigo. Y era verdad, el local siempre estaba lleno de viejas y viejos eminentes, chicas y maricones que querían estar a la moda, sujetos adinerados de todos los tipos.

A todo esto, el único que se entusiasmaba oyendo y hablando con Carlitos era Samuel, un gordo cara de rata que siempre estaba contándole a los clientes de sus tres viajes a la India y recitando refranes. Apenas llegué, Paco me dijo: No te metas con ese atorrante, es un concha de su madre. Y de eso me di cuenta al poco tiempo, al enterarme de algunas cosas de Samuel, como que era hijo único de padres divorciados y que ellos lo habían criado para que sea un muchacho exitoso, y él desde pequeño siempre quiso ser el mejor de todos, un gran empresario de mucho dinero, y por eso se metió a estudiar administración y por eso andaba leyendo los últimos libros que salían, porque quería estar en todas y hablar de todo y por eso Samuel era un orgullo para su universidad, porque había repasado cien veces *El vendedor más grande del mundo*. Así iba la situación, hasta un día en que la mierda esta de Samuel me llegó al pincho porque comenzó a reírse de mí junto al guachimán, mientras yo atendía una venta. Entonces cuando me libré fui tras él y le dije qué chucha te pasa, huevón, tanto que dices que quieres ser millonario qué haces acá vendiendo zapatos, y el pendejo de Samuel continuó riéndose y luego me miró fijo, con odio. Este es un buen inicio, habló inspiradísimo, un empresario exitoso comienza siempre desde abajo, y antes de que me citara alguna cojudez, de esas que solía parlotear, me di media vuelta para atender a un nuevo cliente que ya llegaba presto a ver las últimas novedades de la tienda.

Ximena tiene el cabello pintado, y le va hasta la media espalda. Sus ojos son fisgones y usa unos lentes de marcos rosados. Sus labios son finos y su nariz es chata. Tiene pechos pequeños, piernas largas y morenas y sus caderas son enormes.

Siempre, cuando estamos en la cama, la miro y miro.

No es que yo hubiese querido empezar esto, quiero decir, fue Ximena quien me buscó, quien, ya lo he dicho, me coqueteaba desde que llegué acá, quien me decía ay, Rafa, ayúdame en esto o ay, Rafa, acompáñame a este sitio porque no quiero ir sola, y la verdad que al comienzo me daba igual, hasta el día que salimos medio borrachos de una venta y nos besamos sobre el Puente de los Suspiros y nos tocamos duro y acabamos dándole toda la noche en su casa.

Fue luego de eso que las cosas en el trabajo se hicieron más ligeras. Nadie sabía lo nuestro, y ella andaba con sus mismos aires, contando su vida a medio mundo o hablando en inglés con algún turista que llegaba a la zapatería preguntando por alguna calle o librería. Yo la observaba mientras me dedicaba a lo mío: a trabajar. En esas veces pensaba: ¿Cómo sentir algo emotivo por una mujer como Ximena? La cuestión era asumir todo con calma; sin embargo, ella no lo tomaba así, quiero decir, el aire sosegado que Ximena imprimía en la zapatería se desvanecía apenas estábamos fuera. Era allí donde me tomaba de la mano, me besaba, me decía que la lleve pronto a otro lado, que se moría por estar conmigo de una vez. Entonces yo no podía evitarlo, porque mi vida no tenía otras motivaciones que vender zapatos y esta mujer, y pensaba Ximena sí que está buena, y no me importa mucho que tenga el cabello pintado, y de pronto se me olvidaba todo lo zopenca que era y me la llevaba rápido a la cama.

No había mucho por esperar. Mi vida se envolvía en la rutina amplia, decorosa, de dormir pocas horas al día, de despertar y estar metido diez horas en la tienda, asumiendo que mi rol de vendedor no podía compatibilizarse con el entorno mismo del trabajo, de los clientes, de mi jefe y de los otros vendedores. Y Ximena. Estar con ella solía crear un sabor dulce y amargo en mí.

En las ocasiones que me tocaba ver a los muchachos de la universidad me comportaba amable; escuchaba sus anécdotas, cada cosa nueva que les había ocurrido, las desventuras de sus amoríos, lo difícil que se ponían a veces las clases. Eran charlas de muchas horas, bebiendo en un bar o en un café del Centro o Barranco. Yo sabía que ellos no podían verme, así, de frente, que había algo en mí que les avergonzaba, que les hacía recordar un pedazo de lo que yo mismo había sido. Ellos siempre tenían una buena disposición conmigo, era como si trataran de complacerme con sus comentarios y en parte de hacerme entender todo lo que me había perdido al dejar las clases y de andar con ellos. Paco, por su lado, estaba por lo demás animoso, se mostraba como un tipo liberado de su silencio en el trabajo, les contaba entre largas carcajadas sobre cómo nos iba en la tienda, que vieran a Rafa cómo atiende a las chicas, y todo eso. Yo ostentaba cierta complacencia, y era pronto que las voces de los muchachos y Paco, de todos a nuestro alrededor, se entrecruzaban entre sí y me perdía, siempre me perdía en todo lo que hablaban.

Si bien vender puede relacionarse con el arte, en el sentido implacable de ofrecer al comprador no una ni dos sino diez, veinte, mil opciones para lo que posiblemente ande buscando, en la tienda estos argumentos andaban un poco desplazados. Quiero decir, la gente dubitativa o curiosa no entraba o si lo hacía permanecía dentro poco rato. Todo se establecía en muchísimos compradores directos, que llegaban, veían, preguntaban y pedían. Nosotros solo teníamos que cumplir este ciclo evolutivo de la venta, desde que aparece el cliente hasta que se lleva su producto. No había mucho por qué preocuparse. Siempre vendíamos. Y quedaba tiempo para más, para ordenar lo desordenado, para bajar al almacén y reponer lo comprado, para dar una vuelta por ahí.

Pero la venta tiene sus trucos, la venta puede ser siempre mejor que lo estipulado por el propio cliente, puede ser mejor aún de lo que uno espera. Hasta ese punto había asumido yo mi trabajo, quiero decir, era un vendedor, y, obvio, el vendedor vende. Fue Carlitos quien hizo el cambio en mí. Ya he mencionado que para él los zapatos eran su vida, que había dedicado sus mejores años a la venta, a formar vendedores, a definir para sí mismo (y para el mundo) una ideología, acaso la

forma exacta que puede tener el hombre en relación con sus pies y sus zapatos. Sin embargo, Carlitos, que para todos los de la tienda, incluso para mí en un comienzo, podía pasar por ser un viejito marmotero, un jefe jodido o un argentino de mierda (como decía Samuel), poseía un estilo definido, proveniente quizá de la vieja escuela de judíos migrantes que llegó a Buenos Aires a romperse el alma trabajando. Carlitos conversaba mucho de esto, que su familia, que los alemanes infiltrados en Polonia, que las persecuciones, que el abuelo y el papá fueron zapateros, que eso y muchas cosas más.

Carlitos era buena gente. En los momentos de descanso, a mí me divertía enormemente todo lo que nos hablaba, de su pasión zapatera, de tal y cual partido de San Lorenzo, de su vida en Argentina y cuando me regañaba por no estar atento con los clientes también. Y esas veces Paco siempre permanecía en silencio, y Samuel, por lo bajo, dándole duro al raje, mientras Ximena andaba con su periódico y arreglándose, y al final era hora de atender y ponerse al tanto de los clientes y todos ya, Carlitos, está bien, Carlitos y él cuidadito, eh, no se me vashan a descuidar, no se me vashan, eh, recuerden que si se lo proponen acá tienen su futuro asegurado, eh, a trabajar, a trabajar de una vez.

Carlitos hablaba de tanto en tanto con todos. Cuando empecé a trabajar él se limitaba a darme pequeñas órdenes, o me las indicaba por intermedio de Paco. Yo, ya lo he adelantado, solo quería hacer bien mi trabajo y en la medida de lo posible, y sin que alguien se dé cuenta, huevear (apenas llegué noté el cambio radical que se me presentaba, quiero decir, de trabajar en una papelería al por mayor que quedaba en la punta de la ciudad, en donde solo te topabas con cargadores, y luego en una redacción, que quedaba en el subsuelo de la ciudad, del centro de la ciudad), porque valgan las verdades en la tienda sí había motivos para estar mirando a la calle, a las chicas bonitas que paseaban todo el día o a algunas que salían de trabajar por la tarde o noche.

Entonces esto se resume en que tenía todo definido. Intentar trabajar bien y cobrar mi plata. Igual, pensaba, siempre podía venir algo mejor, un nuevo empleo con cosas buenas, uno nunca sabe. Pero ya antes había pasado por algunas situaciones feas en la redacción y era lo bastante descreído para eso, por el caso que

si alguien con más poder que tú quiere joderte lo hace y ya. Pero no voy a hablar de eso, porque la historia mía en la revista no vale mucho la pena mencionarla. Quiero decir, aprendí a escribir reportajes y artículos de carreras y a conocer sobre caballos, pero en la zapatería empezaba un nuevo ciclo en mi vida, una nueva forma de afrontar un trabajo y todo lo demás.

Volviendo a Carlitos, a mí no me importaba soplarme sus órdenes o consejos. Carlitos tenía la costumbre de andar tras uno, de observarte en las ventas y de indicarte luego en qué fallaste y cómo podías mejorar en una próxima vez con los clientes. Cuando llegué tuve las cosas claras con relación a los demás. Estas se definían así: Paco trabajaba en silencio y bien. Solo hablaba cuando se le preguntaba algo, y cuando Carlitos decía cualquier cosa, Paco decía sí, Carlitos, lo que tú digas, Carlitos. Samuel, al contrario, hablaba mucho, y si bien descuidaba alguna cosa por conversar con clientes o contar alguna tontería de su universidad, colegio o de sus viajes, sabía cómo solventar eso frente al jefe. Quiero decir, cuando Carlitos empezaba a poner una cara de esas, Samuel iba inmediatamente y le preguntaba cosas, le pedía consejos, andaba tras él y entonces Carlitos se emocionaba y fin, porque a Carlitos le encantaba que uno muestre interés por los zapatos y sobre cómo vender mejor, y entonces todo seguía normal. Pero ya he mencionado brevemente que Samuel sí que era una basura de aquellas, y la mayoría de veces su carácter no se mostraba exento de hablar cualquier cosa sobre el jefe, sobre lo aburrido que debe ser llegar a viejo y tanta huevada. Por su lado, Ximena vendía muy bien y era la engreída de Carlitos y lo abrazaba como a su papá y andaba entre risa y risa hablando de teatro y leyendo *El Comercio* para ver qué exposición de pintura había o qué escritor venía a Lima.

Yo por ese entonces solía imitar el comportamiento de Paco, trabajaba en silencio y, sin Ximena merodeándome, hablaba solo cuando era necesario. Algo de eso debió llamar el ojo de Carlitos. Yo ya había notado la atención solapa que me daba cuando estaba en plena venta o cuando arreglaba algún estante con los zapatos nuevos y el cuidado y esmero que le daba a la tienda, siempre con mi plumero, limpiando como un robot el polvo inexistente sobre la mercadería. Fue entonces, al par de meses de mi llegada, cuando la zapatería comenzó a recibir tremendos

pedidos de zapatos de tiendas más grandes o de compañías o empresas, que Carlitos me dijo tú vas a ir con Ximena, tú te encargarás de acompañarla a cerrar los tratos. Era obvio que para una cuestión tan importante como esta Ximena era la más indicada. Pero, ¿y yo? ¿Por qué no Samuel o Paco, quienes tenían más tiempo en la tienda?

Cuando caminaba junto a Ximena ella solía tomar mi mano y estrecharla. No era esto algo que me incomodase, quiero decir, no era el simple hecho de que ella hiciera lo que quisiese con mi mano. Era tal y cómo era ella, su forma de ser, las palabras que salían como balas de su boca, su aire avasallador. Me irritaba tanto que a veces le contestaba mal, le hablaba feo. Y Ximena lloraba mucho, y entonces era cuando a mí se me partía el alma y le pedía perdón.

Soy un tipo viejo y sin alegrías, pensaba. No necesito esto para mí, quiero una mujer bonita, tranquila, que sea percibida en la gente por eso, por ser bonita; que sea sencilla, que quiera lo poco que yo quiero. Ximena era todo lo contrario a esto. Tenía un rostro deslucido, un cuerpo que llamaba siempre la atención, le gustaba hablar mucho, opinar de esto o aquello, y entonces yo decía no, no, no.

Pero Ximena encontraba muchas cosas para hacerme caer. Y no solamente con el hecho de ponerse a llorar luego de hablarle feo, sino porque siempre andaba preocupada por mí, trayéndome cosas, mirándome súper cómplice y amorosa en el trabajo, dejando muy en claro que se moría por estar conmigo. Y también porque se vestía siempre con pantalones ceñidos, con faldas estrechas y tacones altos, y cada vez que se ubicaba de espaldas a mí se me ponía dura y pensaba en toda esta calentura loca y que, fuera de su cara de Chilindrina, Ximena sí que estaba requetebuena.

Esto no podía contárselo a nadie. No tenía a muchas personas a quienes mencionarlo, salvo a los muchachos de la universidad, pero ellos no entenderían, y no por el trazo de esta relación, porque total quién no tiene una novia en su trabajo, sino porque no razonarían bien sobre lo que yo sentía, sobre lo que era mi dilema absoluto. Entonces, el único enterado era Paco, pero él nunca quería hablar de esto, prefería no tocar conmigo un tema delicado, que de una u otra manera podría

comprometerme en el trabajo. Ten cuidado, Rafa, primero está la chamba. Lo sé, lo sé, Paquito. Y aquí se definía la duda, el querer dejar a Ximena y retomar mi vida solitaria de antes.

Con Ximena mi corazón muchas veces saltaba de emoción y de premura. Por ejemplo, cuando terminábamos de estar juntos ella solía fumar y fumar, mientras inauguraba algún acto inédito hablándome de galerías, de sus danzas con bamboleo y de la ropa nueva que se había comprado. Yo la miraba, la miraba atento y alguna que otra vez apuntaba algún detalle a lo que me decía. Y pronto ella dormía, se acomodaba de lado en la cama y se quedaba ahí. Entonces la miraba y ponía mi mano en su mejilla que daba a la almohada y luego empalmaba las líneas de su cadera quebrada que se mantenía en vilo frente a mí. Observaba sus pechos pequeños, su piel morena que aparcaba su cabello de tinte rojizo, y era extraño, porque ese momento único cabía en la escena como la contradicción establecida en mis pensamientos. Y eso era Ximena, un ser ajeno a todo lo que siempre quiere representar, una mujer de otro mundo que aspira y respira lo inadecuado para ella. Y la sigo mirando y palpando, y me gusta, me gusta eso, ella, su cuerpo, su aire presuntuoso, sus bobadas, pero no es lo que quiero en mi vida, ella no era la persona que siempre había pensado para mí.

No es difícil percatarse del conflicto que me asolaba por ese entonces. Mi situación en el trabajo no estaba libre de cómo me sentía yo, y la pobre Ximena muchas veces tenía que soplarle mis reacciones bruscas y toscas, como esa del taxi. Pero también en alguna que otra mañana me sentía tan mal que cuando Paco iniciaba su discurso personal del buen trabajador o Samuel me venía con sus taradeces y lecturas últimas estuve tan cerca de mandarlos a la mierda o de decirles ya, jódanse, rosquetes, quédense con la puta zapatería y listo. Pero no, siempre me las aguantaba, quiero decir, siempre respiraba con dificultad el momento. Pensaba: El trabajo es lo único bueno, lo único válido que tengo para mí. Y entonces todo seguía para adelante.

Pero las cosas poco a poco cobraron un giro que, ahora, viéndolo desde el presente, ya estaba determinado. Mi trabajo asumió dimensiones óptimas, tanto en

la tienda como en las grandes ventas que hacía con Ximena. Carlitos me demostraba más afecto y comenzó a plantearme mayores responsabilidades. Y es que cuando uno llega a establecerse en lo que tiene, quiero decir, a acomodarse a lo que el día a día nos trae, es donde se inicia la felicidad. La felicidad, la verdadera felicidad, está en disfrutar todo lo que hacemos, con quiénes andamos, todo lo que nos viene. A mí me sucedió eso. Con el transcurrir del tiempo, mi atracción por Ximena terminó estableciéndose: de pronto y sin darme cuenta ya no pensaba más en mis trances, me acostumbré a ella, a los silbidos que la gente le daba en la calle, a su voz y aire ufanos. Estaba todo el día con Ximena, durante y después del trabajo. No había manera de evitar esto. Teníamos todo juntos.

Una tarde, Carlitos me llamó a un lado. Estaba sonriendo y conforme nos dirigíamos al extremo de la tienda, cerca de la ventana principal, Carlitos no dejaba de supervisar cómo se desarrollaba el movimiento de la compra-venta entre clientes y vendedores. «Hay algo, Rafael». «Sí, Carlitos, qué pasa». Entonces Carlitos me dijo que en pocos meses dejaría de trabajar, que ya estaba cansado de Lima, que su mujer extrañaba mucho Buenos Aires, y que yo me encargaría de reemplazarlo. «Eres bueno, solo hay algunas cosas que corregir en tu trabajo, solo hay». Cuando le pregunté por qué yo, Carlitos hizo un gesto de negación al mencionar a Paco o Samuel. «Eshos no se toman esto en serio, no se toman, y Ximena es buena, pero sería igual de buena vendiendo otras cosas; no tiene don para afrontar esto, no tiene». «¿Y acaso yo lo tengo, Carlitos?». «Oh, sí, Rafael, tú eres el mejor, tú vas a shegar lejos acá, tú vas a».

Al enterarse de esto Samuel estalló en gemidos, fue al baño a encerrarse para que nadie lo viera llorar y por la noche presentó su renuncia. A Carlitos esto pareció no importarle mucho: la recibió en silencio y por el anexo de su oficina habló con el área de Administración para ultimar los papeles del gordo disidente. Samuel, ya resuelta su salida, se despidió de todos los de la tienda, excepto de mí.

A la mañana siguiente Carlitos le pidió a Paco que consiguiera a alguien para que ocupe la plaza libre. Por la tarde, Paco trajo a otro tipo.

Lo que vino después estrechó mi relación con Carlitos de una manera más sólida. Él quería dejar todo listo y ordenado, y por ello no faltó un solo día en que no hablara conmigo horas y horas sobre los distintos proveedores y clientes, las opciones para potenciar aún más las ventas. Yo escuchaba y preguntaba sobre cada punto mencionado por Carlitos. Él estaba feliz y entusiasmado, aunque hasta el final, hasta el último momento que permaneció en la tienda, nunca pudo ocultar sus nervios del todo. Yo quería que él se sintiera satisfecho, que se fuera tranquilo, con la certeza de que las cosas iban a marchar estupendamente, como si él continuara en la zapatería.

Cuando asumí el cargo hablé con la central en España y pedí cambiar de local, tomar uno mucho más grande, y contratar más personal. Un delegado vino hasta Lima, atendió mis detalles y en pocas semanas lo que requerí se cumplió. En meses el negocio de la zapatería fue para arriba. Muchas más personas venían y el hecho de comprar algo en la tienda significaba para la gente un símbolo de moda, de cumplir ciertos preámbulos de etiqueta y todo eso. Yo, al igual que Carlitos, andaba en idas y vueltas, mirando el trabajo de todos. Cuando venía algún cliente famoso (el premier con su esposa, pintores mujeriegos, actores de teatro o televisión) era yo quien lo atendía, preguntaba qué buscaba y etcétera.

Ximena se encarga de supervisar las ventas corporativas que hace la zapatería. Vivimos juntos y no escapa de ella ni un solo día la idea de casarnos. Eso me aterra un poco, pero no quiero que lo sepa, no quiero ya hacerla llorar cuando es ahora que todo va tan bien entre nosotros, y es entonces que le digo que para cuestiones como el trabajo no nos conviene el matrimonio, por lo menos no todavía, que hay que dejarlo para luego, y eso parece aplacar un poco su ansiedad.

Mis viajes a los congresos internacionales de zapatería son también parte de mi vida. He visitado muchas ciudades, he conocido a los amigos de Carlitos, algunos viejos judíos, grandes vendedores como lo fue siempre él, y que tienen una sola pasión: los zapatos. Cada vez que los veo, dos o tres veces al año, ellos me tratan con mucho cariño y consideración. «Carlos nos ha hablado muy bien de ti». «Él es

mi maestro», respondo sin dudar. En cada vuelta traigo regalos para Ximena y para todos los de la tienda. Cuando le escribo una carta o postal a Carlitos le cuento siempre sobre cómo van las cosas, que la tienda anda muy bien, que los trabajadores me aprecian, que me toman por un buen jefe, que son felices en el trabajo. Que yo también lo soy.

Algunas veces me reúno con los muchachos de la facultad. Todos tienen empleos medianamente honrados y los proyectos de los que normalmente hablaban hasta hace poco tiempo están ya casi olvidados. Siempre sucede lo mismo: conversamos de la universidad, de cómo nos va ahora. Los escucho y opino sonriente. Paco interviene jocosamente y radiante, hablando de las cosas que ya está comprando y que pronto su novia se va a vivir con él. Todos brindan y festejan, entonces ya es momento de irme y cuando los muchachos me piden que me quede, que aún es temprano para partir, les digo que la hora apremia. Uno de ellos me pregunta serio: ¿Te encuentras bien ahora, Rafa? Yo afirmo, hablo brevemente de la tienda y de los viajes, y con tono autoritario digo que el éxito no radica en lo que uno busca para sí, sino en saber acomodarse lo mejor posible a lo que se nos viene. Todos, hasta Paco, sacuden sus cabezas en silencio, bebiendo a sorbos la cerveza. Termino por ponerme de pie. Les improviso en gestos y pocas palabras una invitación a comer en mi casa el fin de semana. Ellos agradecen y yo de prisa voy sacando el dinero para pagar el total de la cuenta. Quiero irme pronto.

Francisco IZQUIERDO-QUEA